



Carlos Barral: «Fueron unos años sordidos en un mundo sordido».

la cultura codificada, de la cultura, por ejemplo escolástica, de los libros de texto, las enciclopedias, los libros que se venden por venta directa, etcétera, pues, generalmente, poseen buenos negocios.

«La difusión de la cultura viva, de la literatura de la humanística en la efervescencia de su propia creación —que es lo que yo trato de hacer como editor—, no es un gran negocio. Es una actividad muy parecida a cualquier otra actividad profesional, como podría ser la de un abogado o un médico.

—Algunos te acusan, en tu calidad de editor, de haber caído casi siempre en unos criterios excesivamente «intelectualistas», aristocratizantes en demasía. ¿Qué responderías a esta acusación?

C. B.—Yo creo que los que piensan así de mí tienen, en el fondo, razón. Yo tengo en literatura una actitud aristocraticista, por decirlo de algún modo, y no pretendo ocultarla.

«Sólo me interesa de la literatura y de la cultura humanística la capa más exigente, y dejo para otros el problema de la cultura popular, que es un problema muy serio, pero en el que yo no me siento implicado.

«Es evidente, en consecuencia, que lo que yo hago tiene esa connotación minoritaria a la que te referías. La tiene muy conscientemente, y yo no podría hacer otra cosa.

—¿No crees que esa actitud se divorcia bastante de los intereses profundos, a largo plazo, de la cultura? Sobre todo en un país como el nuestro, en el que no se puede decir que existan grandes lectores, si no cualitativa si al menos cuantitativamente...

C. B.—Yo creo que en los países que no son grandes potencias de creación cultural, y España sigue siendo una potencia de creación cultural sobre todo en el campo de la literatura, puesto que es la capital, digamos, de una de las cinco grandes literaturas vivas —aunque obviamente no lo sea en

otros terrenos—, esos países, digo, son más interesantes en las capas altas, exigentes, más competitivas de la cultura, que en las capas de lo que podríamos llamar la «cultura aplicada».

«En este aspecto, nuestra cultura es una cultura de punta, y en otros aspectos una cultura menor. Y esto, claro, se refleja en la edición.

—Una última pregunta, ahora volviendo a tu actividad como escritor. Desde mil novecientos cincuenta y dos, en que aparecieron tus primeros poemas, «Las Aguas Reiteradas», hasta mil novecientos setenta y cinco, de tu producción literaria se podría decir cualquier cosa menos que ha sido abundante. ¿A qué se debe esta lentitud en las entregas? ¿Te resulta muy difícil el hecho de escribir? ¿Aplicas un criterio selectivo hacia tu obra excesivamente exigente?

C. B.—En realidad no soy un escritor lento, sino lentísimo. Yo puedo, por ejemplo, circular la vida durante semanas con una carpetita en el bolsillo en la que voy elaborando un poema que poco a poco, muy lentamente, va cambiando, va creciendo. De manera que mi ritmo de producción no es mayor que el de cinco o seis poemas al año, y esto ya es mucho.

«En realidad mi producción obedece a un planteamiento literario: yo me propongo escribir cada vez el poema definitivo, el poema de mi vida, mi obra maestra.

«Sólo escribo poemas por estricta necesidad, no por motivaciones concretas. Por otra parte, mi poesía, que tiene un aspecto básicamente sensual, en el fondo es una poesía con una estructura intelectual muy compleja. Mis poemas parten, por lo general, de una situación socrónica, que da lugar o a una narración escondida o a un modelo dramático, teóricamente ideológico, aunque debajo de eso exista un esqueleto abstracto absolutamente engrasado y preciso. ■

